

La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 3.
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 21 de Diciembre de 1907

10 céntimos-Número suelto-10 céntimos.
Año, 5 ptas. Semestre. 3. Trimestre, 1,50.

Núm. 34.

DRAMA DE AMOR EN UN INVERNADERO



DRAMA de AMOR EN UN INVERNADERO



(De nuestro corresponsal en Roma.)

La hermosa ciudad de Florencia está hoy dolorida por un drama de amor infeliz, digno de figurar en la historia de las grandes pasiones trágicas.

En el paseo Cascine, una de las vías aristocráticas de Florencia, y en un hotel suntuoso rodeado de maravillosos jardines, habita el vizconde Guglielmi, millonario artista, amantísimo de la música y Mecenas generoso de mil jóvenes, algunos de los cuales son ya hoy renombrados y predilectos de los públicos.

El vizconde Guglielmi está casado en segundas nupcias desde 1902 con la encantadora excantante de ópera Defarro, y tenía una hija de dieciséis años, Julieta, que era una de las más famosas hermosuras de Florencia.

Hace unos dos años el vizconde oyó cantar á un joven, empleado entonces en una casa de banca, Alfonso Spaletti, y admirado de su hermosísima voz, le brindó ayuda. Spaletti aceptó agradecido; estudió con aprovechamiento y se presentó en la escena en Enero de 1906 en el teatro Carignano, de Turín, cuyo público le acogió con verdadero entusiasmo. Desde aquel momento, Spaletti recorrió varios teatros de Italia y Sudamérica, con éxito cada día más brillante.

En las breves épocas de descanso, visitaba á su bienhechor el vizconde Guglielmi, y pasaba algunos días en su hotel.

La bellísima Julieta, que había mostrado vehementemente inclinación al claustro hasta haber obtenido el consentimiento de su padre y su madrastra para entrar en un convento, se prendó de Spaletti, seducida por su arrogancia y subyugada por la aurea luz de gloria que empezaba á hacerle interesante. Spaletti, que quizá amaba ya á la *donna adolescente*, le dió su amor también y empezó á olvidar por ella su ambición artística, su renombre y su porvenir.

Pero surgió un enemigo un enemigo irreductible: la madrastra de Julieta, la hermosa extipile Defarro, que había también concebido por Spaletti un amor tanto más violento cuanto que era imposible. La Defarro habíase propuesto sofocar su pasión y permanecer fiel á su marido, pero no tuvo valor para ver que Julieta le arrebatara al hombre de sus secretas ansias. Advirtiendo, pues, con perspicacia de mujer enamorada, que Spaletti y Julieta se amaban inmensamente con amor que no podían contener todos los convencionalismos sociales reunidos, dió cuenta de ello á su esposo con arte tan cautivador, que Guglielmi, aun á riesgo de entenebrecer para

siempre la vida de su hija, expulsó de su casa á Spaletti y le prohibió volver á pisarla.

Hay quien dice que la Defarro, poseída de feroz odio á Spaletti, empleó medios traidores para arrancar á Guglielmi tan cruel resolución, entre ellos el de asegurar que Spaletti la perseguía requiriéndola de amores.

Además, la Defarro había alentado la inclinación religiosa de Julieta, esperando que, a la muerte de Guglielmi, dueña de su inmensa fortuna.

Julieta y Spaletti se amaron más intensamente desde que se vieron separados. Inventaron primero todos los medios imaginables para escribirse, verse en paseos y teatros y hablarse á hurtadillas de todo el mundo. Hasta que al fin, desbordada su pasión y atropellándolo todo, convinieron en verse á solas y sin temor de que nadie pudiese interrumpir sus entrevistas. El lugar de las citas sería el invernadero del jardín.

Tiene el invernadero una puertecilla cuya llave puso Julieta en manos de Spaletti.

Spaletti saltaba todas las noches la tapia del jardín, entraba en el invernadero y allí esperaba á Julieta, que espía para acudir á la entrevista el momento en que su padre, su madrastra y todos los servidores dormían.

Mas la Defarro, aunque Julieta le aseguraba que no amaba ya al artista, velaba. Supo que los amantes se veían en el invernadero, y concibió una venganza de cuyo alcance no pudo seguramente darse cuenta. Hace unas noches, cuando Spaletti y Julieta estaban en el invernadero, ella, sigilosamente, los encerró por fuera, tapó los respiraderos y volvió á sus habitaciones como si nada hubiese hecho.

El invernadero, como he dicho, está lleno de plantas y flores de penetrante perfume; hay en él, sobre todo, magnolias, gardenias, violetas y nardos en tal abundancia, que bastarían á adornar un jardín inmenso. Entre los perfumes y el ácido carbónico de las estufas se formó una atmósfera letal que acabó suavemente con la vida de los enamorados. Ni debieron darse cuenta de que morían en pleno desfallecimiento amoroso.

Al echarse de menos á Julieta, su padre y sus criados buscaron por todas partes hasta llegar á la estufa. Allí estaban los cadáveres de Julieta y Spaletti. Ella, caída sobre un mazo, parecía dormida. El tenía el terror pintado en el rostro. Debíó notar que moría cuando ya le faltaban fuerzas para llegar á los cristales y romperlos.

El vizconde está enloquecido de desesperación. La Defarro dice que es inocente, pero ha sido presa.

Spaletti iba á debutar en el teatro Storchio, de Módena, el día de Nochebuena.

TEDESCHI.

(Dibujos de AGUSTIN.)



Historias penitenciarias ejemplares.

EL TRADUCTOR DE HORACIO

No se enseña únicamente con razonamientos lógicos y con demostraciones de laboratorio. Se enseña también con el ejemplo. Esta y no otra es la significación de las *Historias penitenciarias ejemplares* que hemos recogido de los textos en que se hallan contenidos, y que seguiremos buscándolas para publicarlas.

«Una aventura análoga á la que acabo de contar—dice Maxime du Camp—es tan extraña que puede parecer inverosímil: tengo ante mí vista los documentos que garantizan la exactitud. Un muchacho nacido en uno de los departamentos del Oeste, hijo de una costurera y de un músico que tocaba el trombón en una compañía de saltabanquis, había sido admitido, protegido no sé por quién, en el colegio de su villa natal. Sus facultades de asimilación y su memoria eran prodigiosas; siempre el primero de su clase, alcanzaba todas las recompensas en la distribución de premios al término del año escolar. Los jefes de la institución en París están muy al corriente de lo que ocurre en los liceos de provincia y procuran descubrir los alumnos singulares. Los llaman, los toman «á la par», es decir, por nada, les dan á veces una pensión á los padres, y se hacen el reclamo con los premios que en los concursos generales obtienen estos pequeños forzados de la concurrencia industrial. Yo he conocido más de uno que ha sufrido este martirio y que ha seguido su camino en las letras ó en otras cosas. Este de quien hablo fué acaparado por una institución de París que no hay para qué nombrar; pagó ampliamente su pensión con el número de «nominaciones» que habían hecho su nombre célebre en los establecimientos universitarios de aquel tiempo (1). Reconociósele admisible en la Escuela Normal, pero no fué admitido, con estupefacción de sus maestros y desesperación por su parte. Comprendió en el servicio militar, fué soldado sumiso, regular, sin reproche. Cayó enfermo en el regimiento, fué al hospital y obtuvo licencia como convaleciente. Su miseria era extrema; no sabía cómo pagar su pan, y vendió su pantalón de uniforme por tres francos. Arrestado por este hecho, lo condenaron á algunos días de prisión. Cuatro días después de su libertad, no teniendo un solo céntimo en el bolsillo, se sintió tan abandonado y tan hambriento que tendió la mano ó aceptó en la vía pública una moneda de 10 sous que le dió un transeúnte impresionado por su aire delicado.—«¡Ha mendigado, ha recibido simplemente la limosna que le han ofrecido!—El hecho es obscuro. Un agente de policía lo había visto; el artículo 174 es perentorio: de tres á seis meses de prisión; el tribunal fué indulgente y sólo «plicó el mínimo de la pena. Desde que salió de la prisión, su situación material continuó siendo la misma, pero había sido agravada moralmente con las dos condenas que acababa de sufrir. Se propuso no volver á mendigar; ¿pero dónde dormiría? No tenía domicilio ni manera de procurárselo. En la ciudad del Mediodía, donde esto ocurrió, las noches son bonancibles; se tendió sobre uno de los bancos del paseo y durmióse. Un guardia municipal lo

despertó y lo condujo á la Delegación. Reincidente; el Tribunal fué severo; art. 271; seis meses de prisión, vigilancia de la alta policía durante diez años.

«Desde entonces fué su vida



errante; en ninguna de las residencias que se le asignaron encontró manera de vivir.—«¿Qué sabe usted hacer?—Puedo dar lecciones de latín, de griego y de historia. Se le reían en sus propias narices. El se iba al azar por esas calles, viviendo en los bosques como una fiera, admitido á veces á dormir en los pajares de las casas de labor ó al lado de los caballos en las cuadras, y no obstante, en sus horas de fuga y desesperación, trabajaba siempre y continuaba una obra antes emprendida para hacer su nombre célebre.—«¿Cuál era?—Una traducción de Horacio. Todas las brigadas de gendarmería lo conocían y frecuentemente lo arrestaban. De prisión en prisión, de miseria en miseria, fué encarcelado en una ciudad del centro de Francia. El magistrado encargado de la instrucción del proceso comprobó que este desventurado había ya sufrido cuarenta condenas por el mismo hecho: acostarse en los bancos; por lo demás nada, ni un robo, ni una estafa, ni un ultraje á los agentes. Lo llamó á su presencia, escuchó su historia, cuya sinceridad no era dudosa, y comprendió que este vagabundo incorregible no era más que un sér débil, sin fuerza para luchar y embrutecido por las persecuciones de su infortunio. En lugar de enviarlo ante los Tribunales, lo mantuvo en prisión y escribió á la Sociedad de Patronato: «Cosa sorprendente, ninguna de estas condenas (salvo la primera—y la justicia de los consejos de guerra es frecuentemente rigorosa), ninguna de estas condenas ha sido pronunciada por inmoralidad ó indelicadeza. Es difícil no sentirse movido á compasión en presencia de este desventurado que, mejor secundado por las circunstancias ó dotado de más grande energía moral, hubiera podido conquistar una posición elevada en el cuerpo docente» (1). En vista de esta carta escrita por uno de los muchos hombres de bien que abundan en la magistratura francesa, la Sociedad de Patronato se impresionó, porque se le presentaba un caso de extravío digno de toda consideración. Se obtuvo la suspensión de la vigilancia de la alta policía y la autorización para que viniera á París este desventurado, que fué recibido en el asilo de la calle de la Cavalerie. Le sorprendió mucho poder salir sin que los gendarmes siguieran sus pasos y sin gritarle á la vuelta de cada esquina: «¡Alto ahí! Vuestros papeles».

(1) Sus condenas se descomponen así: venta de efectos militares, 1; mendicidad, 2; vagancia, 12; dormir en los bancos, 25.

«M. Lévin-Desplaces, que despliega en esta obra una infatigable energía, se prometió arrancar á este hombre á su mala suerte. Fué á ver al jefe de una institución, no le ocultó nada y le pidió que hiciera el ensayo de acoger á su protegido. El dueño de la pensión respondió: «Me acuerdo de él y todos hemos envidiado á la casa X... que tenía tal alumno. Lo tomo y lo utilizaré, y podéis contar con que vuestro secreto está en buenas manos. Desgraciadamente tengo un repetidor que lo ha conocido, que algunas veces empuja el codo y que es capaz de cometer una indiscreción; yo lo corregiré, no es mal hombre, y creo que guardará silencio.» A la mañana siguiente el antiguo vagabundo, convenientemente vestido á costa del Patronato, entró en funciones, y dos veces al día daba una clase suplementaria á los alumnos que seguían los cursos del liceo. Era feliz, se reconcilió con la existencia, y esperando en el porvenir decía: «¡En fin! creo que podré terminar mi traducción de Horacio...» Sus alumnos lo animaban, era naturalmente alegre, daba la enseñanza sin pedantería y se mostraba indulgente con los pecadillos de los muchachos que lo escuchaban. Un día, el repetidor que «empinaba el codo», sin duda lo había empujado más que de costumbre, en el patio del colegio abordó al expansionista del asilo de liberados, y con una benevolente sonrisa le dijo: «¡Y bien! compañero,



confiese usted que se está mejor aquí que entre dos gendarmes ó sobre el petate de las prisiones...» El pobre hombre no respondió nada; salió de la casa y nunca más volvió. ¿Qué fué de él? Nadie lo sabe. La Sociedad de Patronato ha hecho toda clase de esfuerzos para descubrirlo, sin conseguir nada. Imagino que el golpe fué demasiado fuerte y que él quedó anonadado; él no tenía vigor para recomenzar el combate en que siempre era vencido. Se habrá recostado durante la noche sobre el parapeto de un puente, se habrá contado su propia historia y se habrá preguntado por qué se acumulaban tantas miserias sobre él; habrá mirado largo tiempo el río en que reverbaba la luz de la farola de gas, y habrá oído un murmullo que le parecería arrullo lleno de promesas adormecedoras de todos los dolores; habrá repetido el verso de Virgilio:

Abstuli, atra dies et funere mersit acerbo,

y habrá querido ver si al otro lado de esta vida mortal hay indulgencia para un traductor de Horacio.—Si estas líneas caen bajo los ojos de aquél cuya palabra irónica arrojó á un desventurado á la desesperación, que comprenda, si puede, la inmensidad del crimen que su tontería remojada en vino le hizo cometer.»

Rafael SALILLAS.



Introducción.—«Ya estás frente a la casa» (sin música de «La verbena de la Paloma»).—El amigo providencial.—El Sr. Fernández...—Aceitunas y vino blanco, longaniza y salchichón.—La lengua del «preopinante».—Audaces fortuna juvat.—Niños, pájaros y flores.—«Manolito» dice fábulas y canta un himno a la Virgen.—¡Lloramos todos!—Momento solemne.—Revelaciones inconscientes.—A la luz de la luna.—La última copa.—En el tranvía.

En un acceso de fiebre informativa, propúseme entrevistar al verdugo de Madrid.

Hablar con él, penetrar en su casa, mirarle de cerca, escudriñando en su rostro, buceando en su alma; curiosear insaciable de su carácter y de sus costumbres para estudiarle esposo y padre de familia; conocer la historia de ese hombre, siniestra figura por el cargo que ejerce, oyendo de sus labios la macabra novela de una existencia misteriosa y difícil; hacerme dueño del secreto de sus emociones y oír, atónito, un detallado relato del momento repetido y fatal, en que el hombre, por ministerio de la ley, ejerció las funciones de su tremendo cometido... Con avasalladora vehemencia me apasionaba el deseo de poder contar todo esto al público, mi señor.

No se me ocultaba que la empresa tenía horribles dificultades, entre ellas algunas de orden psíquico que confiesa el *reporter* le hicieron vacilar.

Anhelos del periodista tuvieron fuerza bastante para imponer silencio a algunas dudas del hombre, y una de estas últimas noches, en compañía del simpático Alfonso, llegué a los Cuatro Caminos.

En aquel barrio extremo habita el «ejecutor de sentencias del territorio de esta Audiencia», denominación oficial del cargo que (con cacofonía y todo en la redacción del oficio) se le concedió a D. Aureo Fernández Carrasco por Real orden de Marzo de 1897, con un haber anual de 2.745 pesetas, sujeto a descuento como el de otro cualquier ciudadano, si no «ejecutor», «ajusticiable».

Escondiendo los delatores aparatos fotográficos—pues nos importaba al principio ocultar nuestra condición de periodistas—, tras una copita aquí y otra allá, entre preguntas concretas hechas, al parecer, por casualidad, logramos tener conocimiento exacto de las señas de la casa de nuestro hombre.

Atravesando callejas tan llenas de lodo como mal alumbradas, después de salir al campo raso, volvimos a enfilar una hilera de pobres casas. Andábamos de puntillas, emocionados y en silencio.

—¡Aquí es!—me dijo Alfonso al oírlo.

Tras breve consejo, quedé decidido que primeramente yo

fuera el que rompiera el fuego, intentando el ataque a la morada del Sr. D. Aureo Fernández. Mi compañero aguardaría fuera, esperando el aviso para que entrara a hacer fotografías o la voz de alarma con que pensaba yo pedirle socorro, si al escuchar mi proposición me «hacían hacer» de reo.

En honor a la verdad, debo declarar que este modesto chistecito se lo «coloqué» a Alfonso para animarme un poquito, pues en aquel instante me arrepentí casi de haber intentado la información.

Pero ya no era cosa de retroceder. Hecho un Cid de valor, llamé con timidez a la puerta. Pasó un minuto y nadie respondía. Volví a llamar con más fuerza, y el mismo silencio. Yo no sé por qué, entonces, empecé a tirar del llamador con extraordinario brío, porque, en primer lugar, no eran aquellos modos los que cuadraban a la situación de un pretendiente que iba a solicitar la «insignificancia» que yo deseaba, y luego de franquearme la entrada en aquel crítico instante, no sé todavía con qué palabras le hubiera yo podido decir al ejecutor de la justicia: ¡quiero esto... lo que al fin, porque hay una Providencia amparadora de *reporters*, se publica en la presente información, fidelísimo relato de una absoluta verdad.

Cariacontecidos nos alejamos de aquellos sitios, y para pensar despacio lo que debíamos hacer, decidimos, como medida previa, reparar las emociones con una modesta cena. Entramos en una tienda de ultramarinos con honores de *tasca* ó viceversa.

Junto al mostrador se encontraban dos hombres: uno era conocido nuestro, un simpático y modesto funcionario de la administración de justicia; el otro, desconocido. Representaba unos cuarenta años, más bien alto que bajo, de compleción robusta, con bigote rubio rojizo y ojos claros, muy claros, de verdosas pupilas. Vestía un traje en buen uso, brodequines negros, pañuelo al cuello, una capa nueva y un sombrero hongo bastante deteriorado. Alfonso y yo saludamos a nuestro amigo, que, mientras se separó para hablarnos, dejó a su acompañante en conversación con el tendero.

—¿A que no se figuran ustedes quién es ese?—nos dijo en voz baja el servidor de *Themis*.—¡¡El verdugo!!

A Alfonso se le cayó al suelo la caja del magnesio. En cuanto a mí, por poco meto la cabeza por un cristal.

—Tendríamos mucha curiosidad en hablar con él—dijo reponiéndome.

—Nada más fácil. Es muy campechano. Yo le conozco por razón de mi cargo—contestó aquel admirable joven que nos caía del cielo.

Se adelantó la Providencia. Ceremoniosamente, como en un salón de buen tono, hubo aquello de «el señor tal, el señor cual». Una mano ancha y nervuda se presentó ante mis

ojos, tendida por su dueño con la más amable de sus sonrisas. Azorado y nervioso estreché la diestra de aquel hombre. Logré reponerme, é invitando a mi nuevo amigo, nos sentamos todos en torno de un velador. Al punto comencé a desplegar mis guerrillas y decidí, es claro, captarme las simpatías del protagonista. Hablaba él con el funcionario de Tribunales de yo no sé qué reclamaciones de justicia. Terciando en la conversación, abundé en sus teorías, dándole la razón de entusiasta manera, hasta que, mediado el memorable yantar, vi que se acercó al hombre que ocupaba toda mi atención un hermoso niño de unos cinco años.

—Es mi hijo, señor—dijo el ejecutor de la justicia, al tiempo que ponía en las manos del pequeño salchichón y pan.

—Es muy bonito y muy simpático—repuse yo, acariciando a la inocente criatura.

—Papá, ¿no vamos a casa a cenar?—preguntó Manolito con ceceo infantil.

—No, hijo mío—contestó Fernández—; dile a tu prima que traiga aquí la cazuela con la lengua de cerdo.

Y dirigiéndose a nosotros nos dijo, dominador:

—También yo quiero convidar a ustedes; nos comeremos el guisado, hecho por mis manos, pues ha de saber usted que he sido cocinero.

—Antes que fraile—contesté yo sin poderlo remediar, ensayando una sonrisa para disimular la indirecta.

Me parece que el Sr. Fernández no entendió la alusión. Por lo menos en nada pudo traslucirse.

Pasaba el tiempo y no se había hecho la más mínima referencia al propósito que nos llevara a los Cuatro Caminos. Era forzoso tomar una determinación.

—Fernández—dije amable y hasta con mis puntas y ribetes de chulo dadivoso—, tengo gusto en que vayamos a casa de usted a tomarnos una botella de anisado, pero ha de ser con una condición: que yo sea quien convide.

—Acepto—me respondió con rumbo—; pero yo pongo el café y los cigarrillos.

Y así diciendo, nos levantamos, y poco después, precedidos por él, entramos en la casa de mis reporteriles sueños.

Es pequeña y cuidada, con modestos pero completos enseres. Una vivienda semejante, igual a la de nuestros obreros acomodados.

Penetramos en la salita-comedor. En un pequeño armario de cristales relucían vasos y tazas; en las paredes veíanse jaulas de pájaros, y en el alfeizar de la ventana, macetas con bellas flores. En el centro de la habitación, un clásico y bien encendido brasero, a cuyo suave calor se relamía un hermosísimo gato. Junto a la lumbre, un viejo pero cómodo sillón, en donde, por deferencia, fui instalado. En sillas y taburetes se colocaron los demás.

Sentado en su silla de cue-

ro, el tierno Manolito jugaba con las rodillas de su padre. El cuadro era completo, apacible, moral. Nada parecía indicar que nos halláramos en casa del ejecutor de la justicia.

—¡Niña!—gritó Fernández.

Y repiqueando con sus botitas nuevas en la tarima del suelo, apareció, avispadilla y juncal, una muchachuela de doce años, con el color cetrino y los ojos muy negros.

—¿Qué desea usted, *payrino*?—preguntó desenfadadamente.

—Haznos el café—epuso Fernández, que es tío carnal de la graciosa Anita, a quien sacó de pira.

Pregunté curioso—siempre preguntar—, y supe que aquella niña era la mayor de los siete hijos que tiene un hermano de Fernández, residente en Cádiz. Allí también vive la anciana madre del ejecutor de la justicia, y a todos atiende con sus recursos el desgraciado funcionario.

La mujer de Fernández se encuentra en el Hospital, en donde ha sufrido una grave operación quirúrgica.

—¿Sabes leer?—le pregunté a Manolito.

—No sabe—me dijo su padre.

—No quiero que vaya a la escuela porque los demás chicos, con ausencia de sus padres, acorralan al mío, y el mismo muchacho se queja conmigo de que le gritan, coreando: ¡verdugo! ¡verdugo!

Al escuchar esto, sentí como si me punzaran en el corazón. Me afectó el relato de la horrible anécdota, y viendo Fernández mis ojos humedecidos, también él, padre al fin, fué presa de emoción angustiosa que estalló en raudales de lágrimas. Era un llanto sincero. Transfigurado, inerte, en gritos desgarradores, me contó el calvario de su vida, la eterna befa y desprecio con que se veía afrontado Juntando las suplicantes manos, creyó ver en mí una esperanza de salvación, y me decía gimiendo y abrazando a su hijo:

—Procúreme usted, por Dios, un destino seguro en donde gane dos pesetas, y yo dejo, gozoso, el bienestar que tengo con esta terrible profesión.

Me contó cómo en un día de negruras sin fin, desesperado y hambriento, había solicitado la plaza de verdugo, a la que hicieron oposiciones ¡235 individuos! Me habló, con entrecortados sollozos, de la pena que mata a su mujer, deseosa, como él, de hallar una esperanza de regeneración en el abandono de su feroz cargo actual.

Y al oírlo, sacudiendo mi brazo con nerviosas zarpadas, me dijo entre rechinar de dientes:

—No sabe usted de lo que yo sería capaz si usted me tiende una mano para salir de esta abyección. Sería para usted un perro guardador, su esclavo de por vida.

Y resurgiendo en él el hombre-fiera, tronó amenazador.

—Si usted hace eso por mí, ¡ay del que se atreva a tocar el sagrado de su personal...

Aquella escena, por siempre

la llevaré grabada en lo íntimo del alma.

Serenándose, Fernández pidió a su hijo que recitara unas fábulas morales que él mismo le enseñara, y de *motu proprio* el niño sin ventura cantó con su atiplada vocecita un himno a la Virgen.

Mientras Fernández me leía pormenores biográficos de su vida, Manolito se durmió. El padre, en brazos, lo llevó al lecho, y dejándolo tescansar, salimos a la calle. Fernández quiso acompañarnos.

Mientras nos dirigíamos a tomar el tranvía, a la luz de la luna, y en un alto que hicimos a campo raso, me refirió Fernández que tenía cuarenta y dos años, y que en sus mocedades sirvió al rey en la isla de Cuba, practicando después, aunque siempre con suerte nula, el oficio de cocinero.

Todo el punto delicado de su horrible faena como ejecutor de la justicia, pude calcular que ejerció en seis ó siete casos. La primera en Navahermosa, donde, a los quince días de tener la plaza, se estrenó en un cumplimiento de sentencia que le costó estar enfermo muchos días y concluir a la fuerza.

Como detalle íntimo logré saber que el día de la ejecución no puede probar bocado, tomando no más que un par de huevos batidos cinco minutos antes del momento fatal.

El siniestro aparato denominado «garrote», se construye en Barcelona y tiene 25 kilos de peso.

Llegamos a donde estaba el tranvía. En un establecimiento próximo se empeñó Fernández en que tomáramos la última copa. Al formular la invitación, lo hizo con esa abrumadora insistencia con que el hombre del pueblo se siente generoso y decide obsequiar.

Un desaire equivaldría en estos casos a que, con manifiesta grosería, se violasen los estatutos de la *cacallería rusticana*.

Hasta que el tranvía fué a partir, y en el interior del coche, decidió Fernández continuar en nuestra compañía.

Alfonso, como yo, insaciable, aprovechó la última placa.

Emocionados, rendidos, eran las dos de la madrugada cuando los *reporters* llegaron al periódico.

Bromearon los compañeros felicitándonos por el éxito de la información.

Yo no pude seguir a mis amigos en su agradable charla.

Con la fiijeza de un tornillo se clavaba en mi alma el recuerdo de Manolito.

En toda la noche no pude conciliar el sueño.

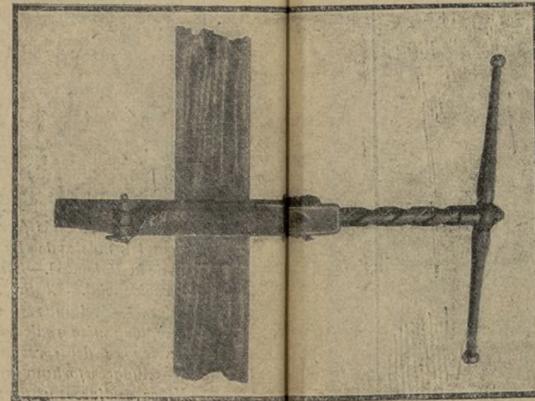
Cuando, ya más tranquilo, pergüño estos renglones, pido al lector que piense en el doble aspecto que en este asunto tiene mi personalidad, siempre humilde, invitándole a meditar así: lo que sería indisculpable en el hombre como particular, como *reporter* es el cumplimiento de una obligación y acaso un timbre de gloria.

Enrique SÁ DEL REY.

UNA VISITA AL VERDUGO.==SENSACIONAL INFORMACIÓN FOTOGRAFICA



EL EJECUTOR DE SENTENCIAS AL ENTRAR EN SU CASA CON UN REDACTOR DE «LA SEMANA ILUSTRADA»



EL SINISTRO APARATO DENOMINADO «PALO» Ó «GARROTE VIL»



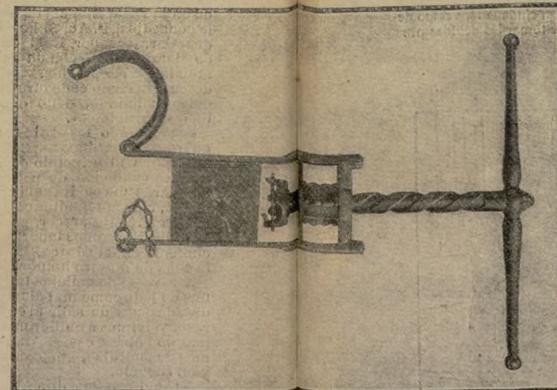
EN UNA NOCHE DE LUNA.—EN PLENO CAMPO.—UNA FOTOGRAFÍA CON LUZ DE MAGNESIO



AUREO FERNÁNDEZ CARRASCO, EJECUTOR DE JUSTICIA.—GANÓ LA PLAZA EN UN CONCURSO AL QUE ACUDIERON 23 ASPIRANTES, ENTRE ELLOS MUCHOS ABOGADOS Y MAESTROS DE ESCUELA



NUESTRO REDACTOR SR. SÁ DEL REY, CELEBRANDO UNA INTERVIU CON EL VERDUGO DE MADRID EN SU PROPIA MORADA



LA MÁQUINA DE MUERTE.—CORTE TRANSVERSAL INTERESANTÍSIMO QUE EXPLICA SU FUNCIONAMIENTO.



NUESTRO REDACTOR SR. SÁ DEL REY, VIAJA EN TRANVÍA CON EL EJECUTOR DE LA JUSTICIA, FERNÁNDEZ CARRASCO (Fotografías ALFONSO.)

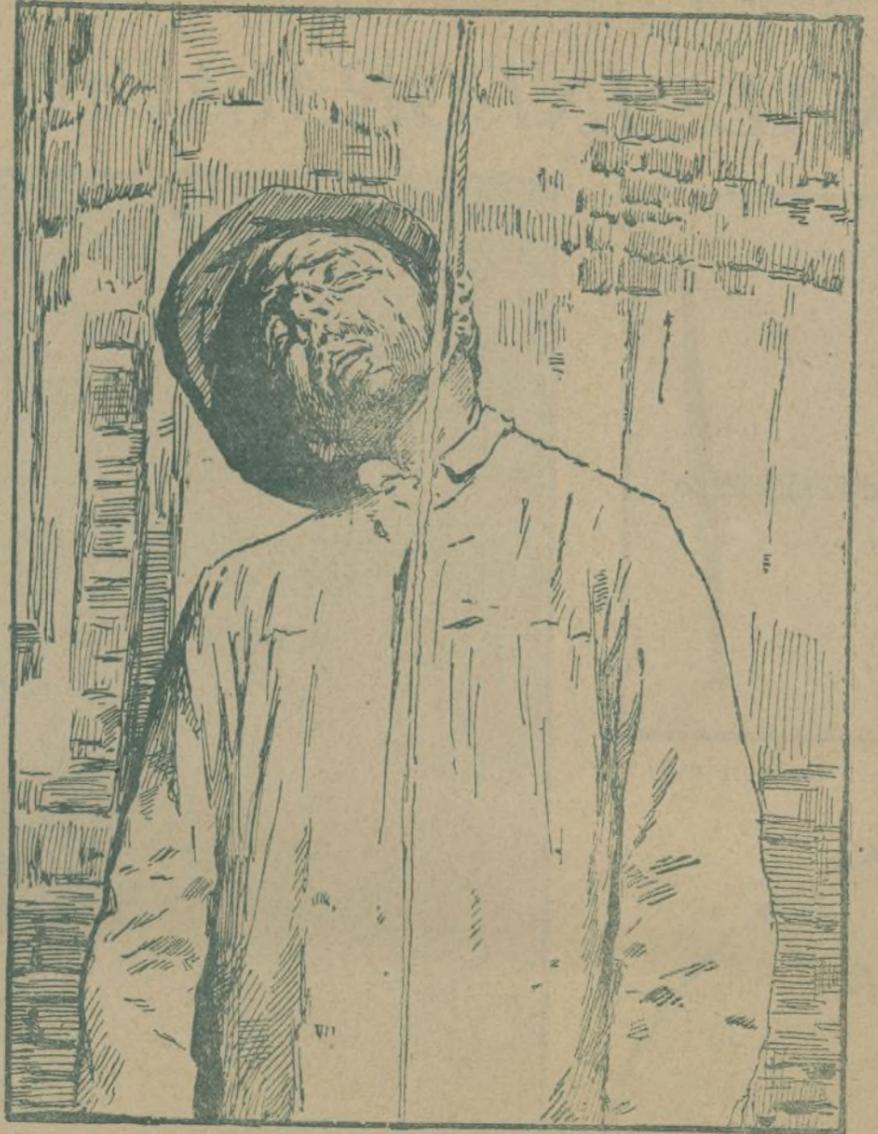
UNA MISTERIOSA AGRESIÓN



Matilde Ros, de veinte años, guarnecedora, que en la calle de Canillas (Prosperidad) fué asaltada el miércoles último por un desconocido que, aprovechando la obscuridad de la noche, la infirió tres navajazos: dos en el pecho y uno que le atravesó la muñeca, heridas todas de pronóstico grave. La muchacha volvió de su trabajo, dirigiéndose á su domicilio, calle de Luis Cabrera, 36.

(Fotografía QUIROGA y reconstitución de la escena por AGUSTÍN.)

SUICIDIO EXTRAORDINARIO



En una cochera del núm. 24 de la calle de Pedro Enanúe apareció el lunes por la mañana ahorcado, y pendiente de una viga del techo, Pedro García del Val. El estar echada la llave de la cochera por la parte exterior, y el no haberse encontrado silla ni ningún otro punto de apoyo debajo del cadáver suspendido, hizo pensar en la perpetración de un crimen.

(Fotografía de ENRIQUE.)

CINEMATÓGRAFO SEMANAL, por Tovar.



Con motivo de las reformas en la indumentaria del Cuerpo de Seguridad, los clásicos guindillas van á tener que calentarse los cascos.



Se habla estos días de las dietas parlamentarias. Y hasta á los leones del Congreso, sintiéndose solidarios, se les hace la boca agua.



Para todos los madrileños hay diversiones análogas. Los ricos se solazan con la subida de los globos; los pobres con la... del pan.



El último grito de la moda para asistir al teatro Real, es no olvidarse jamás de útiles tan necesarios como la «garrota» y el pito.



Con motivo de las presentes fiestas, todo buen ciudadano, vecino de Madrid, debe tomar las debidas precauciones.

POLÍTICA MENUDA



Ya han llegado los tan acreditados turronecillos conservadores.



Melquiades y Canalejas. ¡Lo mismo que el año pasado!



El pavo inflado de Cambó.



Gabrielito ó el niño de la bola.



La Nochebuena del pobre Oasma

COSAS DEL OTRO JUEVES

El «deporte» de la aerostación va haciendo cada día más prosélitos en España.

Desde aquellos tiempos, no muy lejanos, en que un sencillo mongolfer de humo producía un acontecimiento en la población donde se elevaba y era el espanto de los campesinos, que, al verle caer en el término, huían despavoridos creyendo al aeronauta el propio Satán personificado y á su artefacto obra de los infer-



tos divisan desde la barquilla. La aerostación se va vulgarizando y le ocurrirá lo que á la bicicleta, á la motocicleta, al foot-ball y, andando el tiempo, al automóvil; de las clases altas

recosido con esmero. La competencia de la industria abaratará los aerostatos y darán las facilidades del alquiler por horas á precios económicos, para que puedan permitirse el lujo de escalar los aires los dependientes de comercio, como hoy corren en bicicleta por las carreteras.

El globo tendrá para las clases proletarias grandes atractivos poco lógicos; será, además de una diversión corporal, un gran consuelo del espíritu.

Gracias al globo podrán los menestrales ocupar una posición elevada, aunque sólo sea durante media hora.

Viendo, desde la altura, la infinitesimal pequeñez de los hombres y de las cosas, se ensanchará su corazón oprimido por el temor á los poderosos, y

Cuando el globo sea del dominio de todos se turbará por completo la normalidad de la vida terrena, se transformarán por completo sus costumbres y será necesario reformar las constituciones y los códigos.

La expansión vertical traerá consigo el trastorno que en el mundo producen las grandes revoluciones.

El cuerpo de policía será aéreo; las poblaciones y los campos se vigilarán desde donde todas las calles y las carreteras ofrecen sus secretos al primer golpe de vista.

Se acabarán las sequías pertinaces, suplicio dantesco de los labradores, que ven cruzar las nubes por el horizonte mientras las simientes se calcinan en la gleba; nube que pase será cacheada y se la obligará á des-

dos burlados tendrán que reprimir sus iras hasta que se las acabe el gas á los fugitivos.

Se establecerán globos-sanatorios para los tísicos á quince mil metros de altura. Las empresas anunciadoras harán diabluras con los aerostatos.

La caza de espera y ojeo será sustituida con ventaja con una especie de jeito ó de traina aéreas para la volatería, y así como ahora salen las parejas de lanchas á la pesca, luego saldrán las parejas de globos á la caza. Se dirán misas aéreas para grandes multitudes, como hoy se dicen misas de campaña.

El carro de Tespis será sustituido ventajosamente por el globo de la Tubau, merced al cual podrá batir al Guerra su famoso record de las tres corridas de Sevilla, Jerez y Cádiz,



nos, hasta ahora que cultivan la navegación aérea muchos hijos de familias distinguidas y tienen su Club y, cada lunes y cada martes lanzan al espacio sus globos, que son recibidos

trascenderá su iniciación á la clase media y de ésta á las populares.

Hoy no hay dependiente de comercio que no maneje el pedal, y entre los mismos gollos



con entusiasmo por los aldeanos, los cuales ayudan á desinflarles y prestan á sus tripulantes todo género de atenciones, media un abismo de civilización tan grande como el que es-

se organizan en las afueras de la corte partidas de foot-ball, sirviéndose de las pelotas que los equipos de la Sociedad oficial dejaron como inservibles en el campo y que una golfa ha

cuando estén abajo tendrán más alientos para la lucha y más fortaleza para la vida.

En los instantes de adversidad los creyentes pueden, merced al globo, ponerse á más corta distancia del cielo y elevar sus preces sin miedo á que se pierdan en el estruendo de la ciudad, y los desesperados cogerte con las manos.

Cuando el pan se ponga por las nubes, que lleva trazas de ponerse muy pronto, los aerostatos colocarán al proletariado á su alcance aun cuando tendrán los tahoneros buen cuidado de subirlo á donde no llegue la fuerza expansiva de los gases.

parramar su tesoro sobre los campos yermos.

En cambio, á las que traigan pedriscos ó tempestades ocultas en su seno se las dará pasaporte para otras tierras como á peligrosos anarquistas.

Los candidatos visitarán los distritos rurales en globo, y desde él repartirán las candidaturas y dirigirán la palabra á los electores por medio de una potente bocina que prestará á sus discursos cierta entonación gehováica.

Los radicales predicarán la revolución desde arriba.

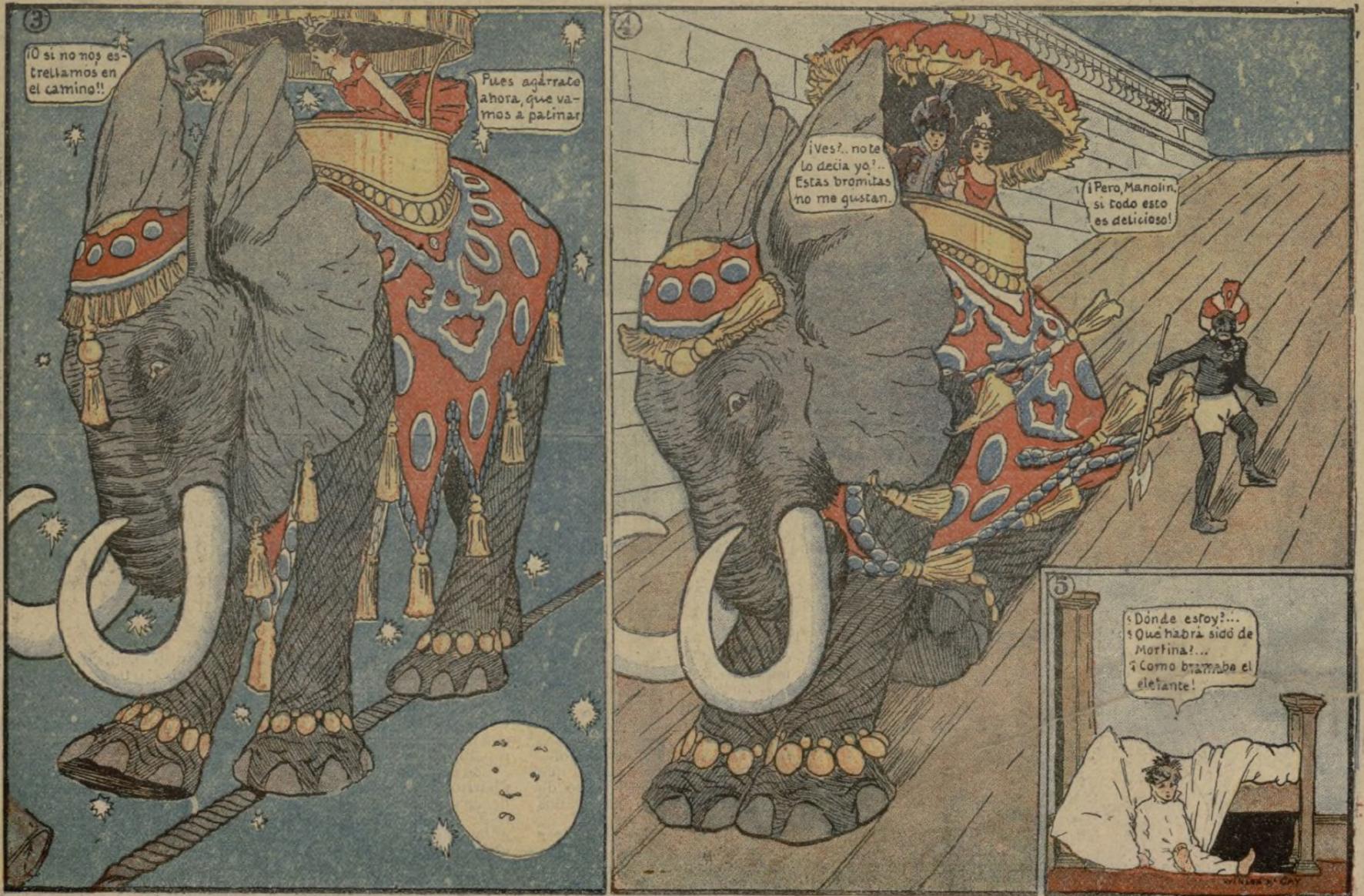
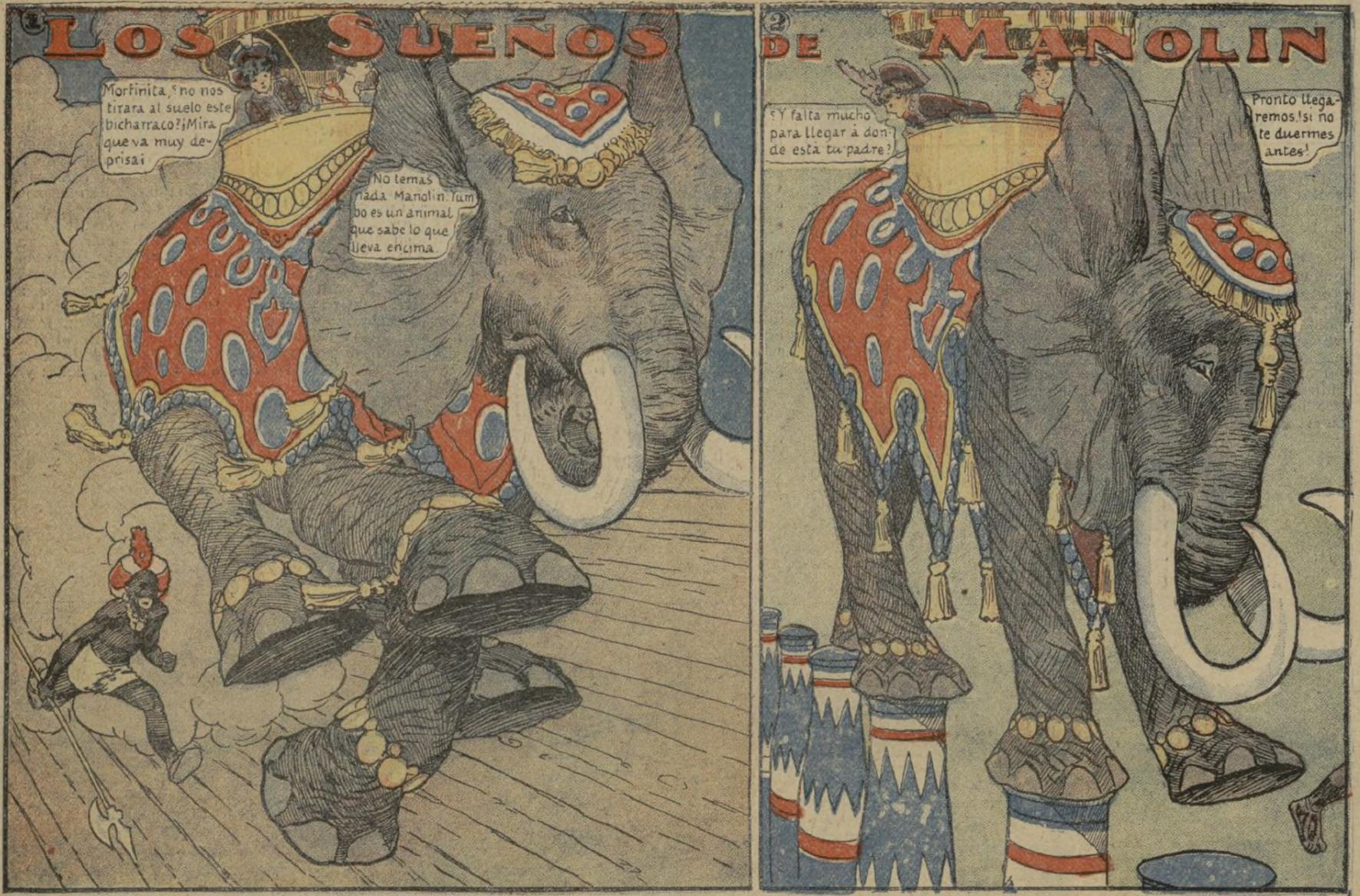
Habrán raptos en globo, y los padres engañados ó los mari-

dando en un mismo día *La Chorra* en Cartagena, *Fedora* en Madrid y *La dama de las camelias* en Ferrol, y quedándole tiempo sobrado para dedicarlo á Palencia.

En fin, los desesperados tendrán con los globos un medio más seguro de quitarse la vida que el recientemente descubierto por el *Hojalata*, cuya patente ha sido falsificada por un guardia de Orden público.

¡Bienaventurados los aeronautas, porque de ellos es el reino de los cielos!

EL BASTRE DEL CAMPILLO.
(Dibujos de SANCHA.)



Originales propiedad del «NEW YORK HERALD».

Impreso en máquina rotativa especial para colores. — Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesonero Romanos, núm. 31, Madrid.